

¿Tiene usted ya

el lujoso

ALMANAQUE

de

La Novela Semanal
Cinematográfica

con el que se regala
un estupendo

ALBUM

(cubiertas cartón y papel tela)

para coleccionar las
postales del año 1924?

¡ÉXITO MUY JUSTIFICADO!

SE VENDE EN TODA
ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

E. VERDAGUER MORERA - TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 133

25 cts.



EL HIJO
DE FLANDES

por
Jackie Coogan
FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 133

El hijo de Flandes

Comedia dramática, inspirada en una obra clásica, y
genialmente interpretada por el precoz artista

JACKIE COOGAN

Superproducción Loew Metro (1924)

Selección ÓPTIMA del
Programa Vilaseca y Ledesma S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

LUCY DORAINE

El hijo de Flandes

Argumento de la película de dicho título

Corría el año de 1645, y en Amberes, Rubens, el inmortal, pintaba su obra maestra, que había de perdurar a través de los siglos.

Varios siglos después, otro artista de Flandes luchaba con las dificultades del dibujo para dar cima también a su obra maestra.

Se llamaba Nello, era huérfano y sin otro lazo de cariño que el de su abuelo, ciego y enfermo.

Juan Hoffman, el abuelo de Nello, elevaba constantemente sus ojos sin luz al Cielo, en súplica de que su cuerpo no descendiera a la tumba hasta que el niño fuera lo bastante fuerte para luchar solo por la vida.

Gracias a su carácter de oro, Nello soportaba como un hombre, y como el mejor, su vida de miserias y privaciones.

La aldea de Santa Inés, donde abuelo y nieto tenían su pobre morada, erguía sus casitas y sus clásicos molinos de viento en las proximidades de la populosa Amberes.

Todas las mañanas, el viejo y el niño unían sus esfuerzos para llevar leche a la ciudad y ganarse así un modesto jornal para seguir vi-

viendo en espera de mejores tiempos para ellos.

Abuelo y nieto pujaban de un carrito de mano cargado de la fresca mercancía.

La casa de Baas Cogez era la mejor del pueblo, y su propietario procuraba siempre vivir como correspondía a su título de "Baas" (amo), aunque para ello tuviera que forzar su temperamento.

—Mujer. Mi pipa.

La sumisa esposa acataba la orden de su hombre.

Como comprobara que no tenía cerillas, Baas Cogez volvió a mandar, muy arrellanado en un sillón.

—Eloísa. Una lumbre para tu padre.

La aludida, la única hija de Baas Cogez, era la amiguita y la musa inspiradora del pequeño Nello, la muchachita de su dibujo. Eloísa, displicente, respondió a su padre:

—En este momento no puedo, papá. Estoy muy ocupada jugando con mi muñeca.

—¡Qué!... ¿Esa es la educación que le enseñas a tu hija?... ¡Insultarme a mí, faltar al respeto a Baas Cogez!—reprochó éste a su esposa.

—Eloísa, ven aquí, y pide perdón a tu padre.

La niña complació a su madre, pronunciando superficialmente unas palabras de disculpa, con las cuales no salió con ganancia su

padre, toda vez que Eloísa se "olvidó" de darle la lumbre que le pidiera.

Pedro Logarth, un mercader ambulante, que paseaba sus artículos en un vehículo insignificante tirado por un perro, convertía en bebida malsana el producto de sus ventas, y luego desahogaba sobre el pobre animal la hiel de su embriaguez.

Nello, yendo con su abuelito, vió cierta mañana al brutal vendedor fustigando sin piedad al perro, y rebelándosele su noble sangre, salió en ayuda del maltratado irracional, pujando del vehículo apresado en el fangal del camino, para que el animal pudiera salir adelante. El mercader le vió y se opuso ciego de ira a que alguien le diese una mano al "terco" can.

Nello, exponiéndose a que el inhumano mercader se hiciera a latigazos con él si le fallara el golpe, se apoderó de la fusta que blandía el beodo, y le tuvo a raya amenazándole, a su vez, con la misma. La intervención de un desconocido, cuya corpulencia intimidó de veras al alcohólico, puso fin a aquel incidente, y Nello pudo arrojar a lo lejos el látigo maldito.

—¿Por qué tiemblas, abuelo?—preguntóle al anciano el niño, al reunirse con él.

—Si yo viera, menos sufriría, porque aunque con escasas energías, quienquiera que osara tenerte malquerencia, sabría que este viejo

te defendería hasta la misma muerte. Pero como no veo...

—No te entristezcas, abuelito; no es cosa de que yo me ponga ahora a llorar, pues henos ya cerquita de la casa de Baas Cogez.

Todas las mañanas, de regreso de Amberes, frente a la casa de Baas Cogez, se terminaba para Nello el trabajo del día.

El abuelo, que desde allí conocía el camino de su vivienda, dejaba al niño junto a la verja de la más rica propiedad del lugar, para que fuera a jugar con Eloísa.

Nello se quitaba a poco los zuecos y penetraba en la morada de su amiguita sin más calzado que sus calcetines.

Aquella mañana, los calcetines de Nello necesitaban un buen remiendo, pues dejaban al descubierto los dedos de los pies que los llevaban.

Para disimular el doloroso estado de esas "bajas" prendas, Nello encogióse lo bastante para que su amplio y acordeónico pantalón cubriera el desaguizado. Todo era bueno, excepto el dejar de ver a su Dulceina.

Al entrar en la casa de Baas Cogez, Nello se detuvo en su umbral ante la tierna escena que se desarrollaba a sus ojos. Eloísa dormitaba, o fingía hacerlo, en los brazos de su madre, sentada sobre su regazo y apoyado su rostro sobre sus amorosos senos, mecida por ella.

Solamente en sueños se había visto Nello en brazos de una madre...

La señora de Baas Cogez, al advertir con Eloísa la presencia de Nello, comprendió el natural deseo del niño, y lo mimó con cariño de matrona.

Eloísa—que hubo de ceder su puesto en el



La señora de Baas Cogez comprendió el natural deseo del niño, y lo mimó...

cálido cobijo de su madre—vió los calcetines “hambrientos” de Nello, y su sorpresa y el azoramiento del infeliz enteraron del “caso” a aquélla.

—Habrà que comprarte calcetines nuevos, pequeño...—le dijo la buena señora.

—Sí... claro... pero por ahora no podemos, señora...

—Toma estos céntimos y mércalos tú mismo...

Baas Cogez, llegado intempestivamente, vió la generosidad de su mujer, y puso el grito en el cielo.

—¡Así es como desaparece mi dinero de las arcas! ¡Regaládoselo a todos los descamisados que hay en el pueblo!

Nello se disponía a ponerse en salvo, conoedor como era de la rudeza del padre de Eloísa, pero antes lo cogió éste por el pescuezo y le acompañó a la puerta, a la par que les decía a los suyos:

—¡Si vuelvo a encontrar aquí a este arrapiezo lo meto en el asilo de los vagabundos!

Nello, libre de la garra de Baas Cogez, volvió a su morada a todo correr, ignorante de lo que le sucedía al abuelito.

—Tenga usted compasión, señor Krontadt... Le he dado todo cuanto tenía...—le decía el ciego al casero, un hombrón tan bigotudo como interesado.

—Yo no tengo nada que ver con sus miserias, amigo. ¡O paga usted el alquiler, o se va a vivir a la calle!

Nello oyó esta cruel réplica del propietario, y colándose en su casa entre sus piernas, le cerró la puerta en las narices, para que dejara en paz a su abuelo.

—Todo se conjura contra nosotros, Nello... Además del peligro de que nos echen, no tenemos dinero ni siquiera para comer—lamentióse luego el anciano.

—No te apures, abuelito. Voy a ver si encuentro algún alma caritativa que nos ayude—le respondió animoso Nello.



—No te apures, abuelito. Voy a ver si encuentro algún alma caritativa que nos ayude.

Y pasando del dicho al hecho, Nello marchóse con el carrito hacia Amberes.

En camino, vió como Logarth, el mercader alcoholico, abandonaba a su perro, haciéndole el único favor de dejarle morir tranquilamente al no servirle ya para nada.

Compadecido del animal que gemía tendido

en la fangosa tierra, Nello se sintió presa del plausible propósito de sanarle, y quería cargarlo en su carrito. No consiguiendo levantar en vilo al perro, el muchacho pidió y obtuvo la colaboración de un viandante, y regresó con el can a la aldea.

—¡Abuelo!... ¡Abuelo!

—¿Qué quieres, hijo mío?

—Sal aquí fuera... Toca... Es "Petraschel", el perro de ese vendedor ambulante tan bruto.

—Pero, Nello, ¿te has vuelto loco?... Si no tenemos comida para dos personas, ¿vamos a cargar con una boca más?

—El pobre está enfermo y no comerá mucho, abuelito.

Accedió el anciano al deseo del pequeño y humanitario Nello, y las brisas suaves del otoño fueron inyecciones de vida para "Petraschel" y de muerte para el pobre abuelo.

Cierta mañana, el ciego no pudo reunir bastantes fuerzas para levantarse.

Nello, que había madrugado, dibujaba otra vez el primoroso "cuerpo entero" de Eloísa, tan grabado en su pensamiento.

"Petraschel" molestaba al "artista", apartándole con sus patas la mano que trabajaba en el cuadro.

—¡Déjame, "Petraschel"! Lo que a ti te pasa es que estás celoso de Eloísa.

Después de su sesión de dibujo, Nello, viendo que su abuelo no se levantaba, comprendió

que estaba enfermito, y para que no se preocupase por el jornal necesario para comer aquel día, le dijo:

—No salgas hoy, abuelito... Yo iré a entregar la leche.

—¿Tú solo, hijo mío? No podrás...

Con ánimo de demostrar lo contrario al abuelo, Nello cargó la leche en el carrito sin dificultad, pero al tirar del mismo, de no haber habido una valla a su favor, hubiera rodado, por efecto del peso, hasta Dios sabe dónde.

"Petraschel" era, ante todo, agradecido, y creyó llegado el momento de que sus valiosos servicios fueran utilizados. Con sus ladridos y brincos dióle a entender a Nello que quería que lo enganchase al carrito para arrastrarlo, tal como hacía antes bajo el látigo del mercader.

Y fué el perro quien sacó del gran apuro a Nello. Reza el refrán: "*Haz bien y no mires a quien*".

Nello no contaba solamente con las antipatías de las personas mayores. También los pequeños, capitaneados por el rollizo Nicolás Holbert, se erigían a menudo en severos jueces de su conducta.

El grueso chico y los otros le salieron al paso, yendo él en el carrito tirado por "Petraschel".

Nello supuso que la curiosidad de los chi-

quillos estribaba en saber cómo había llegado a su poder aquel perro, y les dió estas explicaciones:

—Lo encontré en la carretera medio muerto... Se llama "Petraschel" y es el perro más simpático del mundo.

Nicolás, que de cuando en cuando hincaba los dientes en un al parecer succulento pastel, se divertía adelantándose al perro y apartándose luego, para, con el avance y retroceso respectivos, marcar a Nello que hablaba a los otros chicos de espalda a él.

Pero "Petraschel" era listo, y Nicolás se quedó, por último, sin el pastel.

Nello, que preparara el golpe del perro, soltándole completamente la rienda, tomó sus precauciones para que la rápida fuga que emprendió el animal con el bocado en la boca no lo arrojase del vehículo, en el que iba de pie.

Nicolás cayó pesadamente al suelo por efecto del empuje de "Petraschel" al huir, y los demás chiquillos no pudieron aguantarse la risa.

Fuera ya de peligro, como vulgarmente se dice, Nello hizo detener a su perro cerca de la casa de Eloísa, partiéndose con el can el pastel tan justamente birlado a Nicolás.

La presencia de Baas Cogez en el frontispicio de la propiedad, hizo retroceder a Nello a toda prisa, y antes de seguir hacia Amberes,

Nicolás y sus amigos alcanzaron de nuevo el carrito, insultando aquél al huérfano.

—¡Eloísa no recibe a mendigos! ¡Ladrón de perros!

Nello no se quedó corto en la respuesta y buen recuerdo le quedaría al rollizo muchacho de los puños del rival y de la dentadura de "Petraschel".

Poco después, con la ayuda del perro, Nello terminó su trabajo y se regocijaba a la idea de que el abuelo no tendría en adelante que gastar sus fuerzas tirando del carrito.

Pero cuando Nello salió de la catedral—donde raro el día que, encontrándose en Amberes, no entraba para contemplar la obra maestra de Rubens, aprovechando las visitas—, vió al mercader Logarth, completamente "avinado", pretendiendo apoderarse de "Petraschel", a quien reconociera al ser echado de una taberna.

—¡Este perro es mío!... ¡Usted lo abandonó en la carretera y yo le salvé la vida!... ¡Es mío... mío!—protestó con vehemencia Nello.

El beodo insistía en su deseo, y Baas Cogez, entre otros inconscientes individuos—aquél de paso en Amberes—, se pusieron del lado del alcohólico; mas el viandante que ayudara a cargar a "Petraschel" en el carrito aquel día que Nello lo recogió, intervino a favor del desamparado muchacho.

—El chico dice la verdad. Yo mismo le ayudo a subirlo a su carrito.

Nello, agradeciendo con el alma la defensa del buen hombre, escapó de la ciudad, y regresó, sin hacer la menor escala, a su casita.

No esperaba el pobrecito niño que el destino le hubiese preparado una fatal sorpresa. Durante su ausencia, el abuelo, llamándole repetidamente, había entregado su alma a Dios.

—¡Abuelito, traigo comida!... ¡Hoy sí que vamos a darnos un banquete!—exclamó Nello al entrar en su pobre morada, para que el abuelo se alegrara.

Como éste no le contestara, Nello le tomó una mano y con su contacto sintió el frío de la muerte.

—¡Oh, pobre abuelo! ¿Por qué me has dejado solo en el mundo?

Y llegaron para el niño días de triste soledad, sin otro consuelo que el de su amigo "Petraschel"...

* * *

El cumpleaños de Eloísa era en la vida del pueblo un verdadero acontecimiento del que participaban todos los niños... excepto Nello.

Nicolás, acompañado de su mamá, felicitó vivamente a Eloísa, y Baas Cogez, que como aquélla—señora de posición—deseaba arreglar un noviazgo para más adelante, de ambos jovencitos, le dijo a la dama:

—Son buenos amigos, señora Holbert... Pue-

do asegurarle que Nicolasito es uno de los preferidos de mi hija.

Ante tal afirmación, la "mamá" susurró a su vástago:

—Dale un beso, Nicolás... Hoy es su cumpleaños.

El robusto chico obedeció a su madre, pero no contaba con la bofetada que le dió Eloísa para impedirle que la besara.

Nello, que desde el exterior atisbaba a través de los cristales de una ventana, rióse de buena gana.

No valieron los reproches de Baas Cogeze para disculpar de cierto modo el inesperado gesto de la chiquilla, pues la bofetada nadie se la podía quitar a Nicolasito.

Como cosa convenida, Eloísa se aisló un momento junto a la ventana detrás de la cual se hallaba Nello, y al verle, correspondió al beso que soplándolo en el cuenco de una mano le mandaba él, y salió a hablarle, sin ser vista.

Deseoso Nello de asistir a la fiesta, propuso a Eloísa:

—Con unos vestidos tuyos podré entrar sin que me conozca tu padre, ni el casero Kronsadt, a quien también he visto ahí dentro con sus ocho hijos.

Eloísa prometió complacer a Nello, y entrando en la casa, puso al corriente a su madre—su mejor amiga—del asunto, aceptó ésta, y al poco rato, transformado en una cuadra

de la hacienda de Baas Cogeze, Nello era una señorita.

Baas Cogeze pronunciaba un discurso a sus invitados:

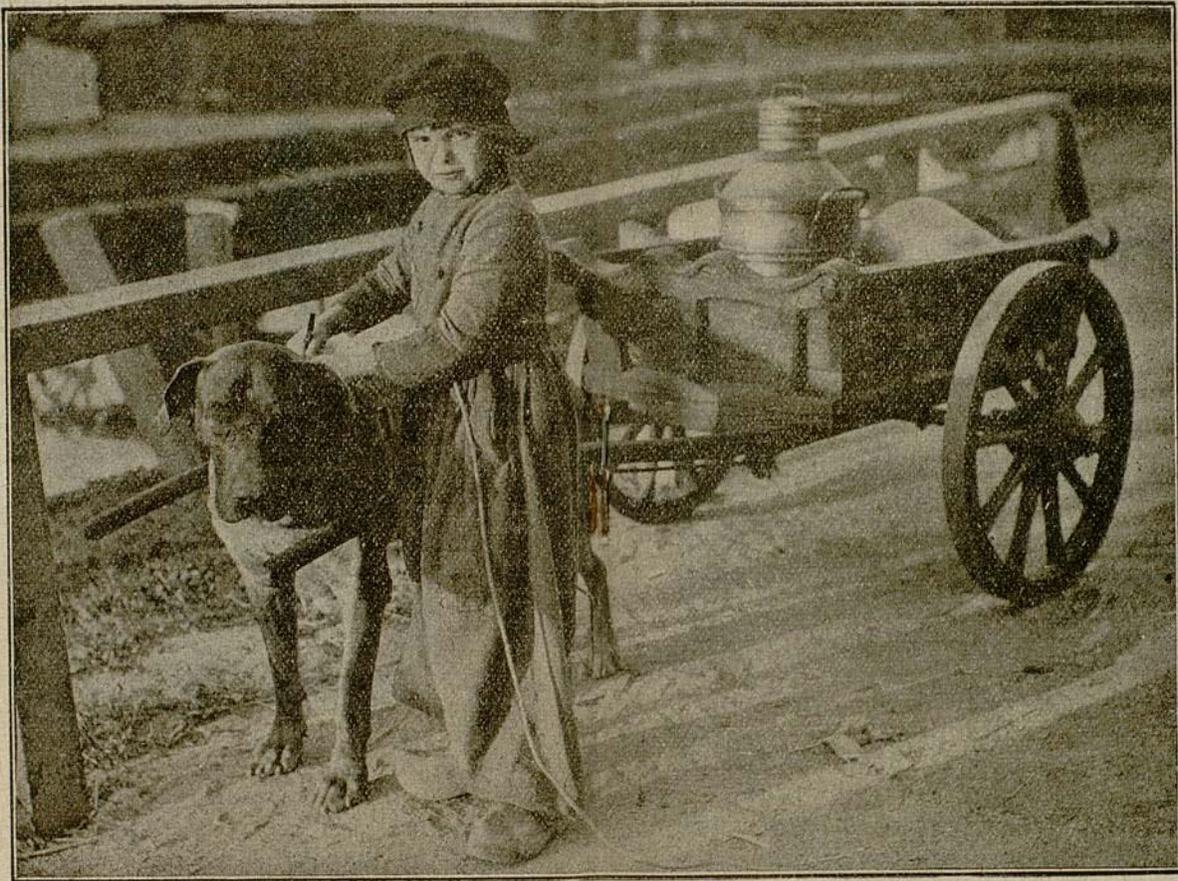
—Mi primo, el famoso artista Carlos Van



...transformado, Nello era una señorita.

Dollen, me escribe que está organizando en Amberes un gran concurso de dibujo y pintura, en el que tomarán parte los niños de este pueblo... Será algo que dará el golpe...

Nello, protegido por la esposa de Baas Cogeze, no fué descubierto, pues entró sin llamar



Y fué el perro quien sacó del gran apuro a Nello. Reza el refrán: *Haz bien y no mires a quién.*

la atención de nadie, por estar todos escuchando al "amo".

A la hora de la merienda, la madre de Eloísa hizo sentar a Nello cerca de Nicolasito, que no le reconoció bajo el disfraz, además de que la señora de Baas Cogez le había presentado como la niña Lena Hotembroc de Rotterdam.

Nicolasito, ante su poco éxito con Eloísa, se mostraba galante con Nello, y éste se dió el gusto de darle buenos cachetes bromeando con él y de pellizcarle los carnosos carrillos a guisa de caricias.

Poco después, hubo un poco de baile, colectivo e individual.

Nello punteó graciosamente, pero la fatalidad quiso que se le escurrieran los pantalones de hombrecito que había doblado hasta los muslos para que no apareciera rastro varonil debajo de la falda.

El asombro paralizó a todos los invitados, salvo Baas Cogez, que asió de las ropas al muchacho y le riñó furiosamente.

—Deja a ese niño, Baas... Por lo menos, espera a que se termine la fiesta—suplicóle su esposa.

El "amo" no aceptó como buena más razón que la suya, y arrojó de su casa a Nello.

Este, en un santiamén, despojóse de las ropas de Eloísa en la cuadra, y huyó hacia su mísero hogar.

Baas Cogez salió de su casa para cerciorarse de que Nello ya no rondaba por allí, y como la puerta de la cuadra se abría y cerraba a impulso del viento, fué a ver si había alguien dentro, encontrando pendientes de un madero las ropas prestadas por Eloísa a Nello.

Sin reparar en ello en su enfado por la com-



Baas Cogez asió de las ropas al muchacho y le riñó furiosamente.

plicidad de su familia en la hazaña de Nello para tomar parte en la fiesta, Baas Cogez dejó caer su pipa humeante en la cuadra sobre un montón de paja...

*
* *
*

—¡Fuego! ¡Fuego allí!—gritó Nicolasito en la casa de Baas Cogez, durante la reunión.

Los mayores se precipitaron al lugar del siniestro para combatir el voraz elemento, y la alarma cundió en toda la aldea.

Nello quiso asimismo cooperar al esfuerzo común para localizar el incendio, aportando un cubo con que arrojar agua.

Al verle, Baas Cogez le acusó delante de varios vecinos:

—¡Fuiste tú quien prendió fuego a mis cuerdas! ¡Canalla!... ¡Tan pequeño, y qué bien sabes vengarte!

—¿Yo?...

—¡Ya nos veremos más tarde, granuja!

Nello, muerto de pena ante la falsa acusación caída sobre él, y por la brutalidad empleada con él por Baas Cogez que lo tiró al suelo de un empujón, se abrazó al cuello de "Petraschel", y le rumoreó:

—¡Si pudieras hablar, amigo mío, dirías que yo no he sido... dirías que se comete conmigo una injusticia!

Al día siguiente, la *gente seria* de la población se reunió en casa de Baas Cogez para discutir sobre el tema: "Los instintos criminales de Nello".

—Mi opinión es que ese muchacho debe ser arrojado del pueblo, como se aparta de un grupo de manzanas sanas una manzana podrida... ¿No piensan ustedes lo mismo?—sometió al resto de la junta Baas Cogez.

—De acuerdo—replicó el casero Krons-

tadt—. Además me debe no sé cuántos meses de alquiler, y puesto que usted me lo permite, hoy mismo lo pondré en la calle.

Los demás asintieron a todo, y el bigotudo Kronstadt salió de la casa de Baas Cogez para dirigirse a la morada de Nello.

Como si le hubiera olido, el perro ladró al acercarse el casero. Obrando con prudencia, éste se contentó con deslizarse por debajo de la puerta de la cabaña un pliego, acompañando esto con esta explicación:

—¡Ahí va la nota de desahucio!... ¡A las seis en punto quiero que esté la casa desocupada!

—Pasamos hambre, "Petraschel"... y para consolarnos, nos mandan cartas—plañióse Nello a su perro.

Eloísa y su madre, enteradas de la decisión tomada por la junta de *personas serias* en contra de Nello, estaban desasosegadas.

—¿Es que van a echar a Nello de la casa, papá?—preguntó a Baas Cogez la niña.

—Sí... Tan pronto como se tenga la autorización del síndico de Amberes.

—No hagáis eso, Baas...

—Calla, mujer... Vosotras no sabéis quién es ese golfo...

Aquella noche, porque así lo quiso su "estrella", Nello durmió al aire libre sin más calor que el del cuerpo de su perro.

Para guarecerse en parte de la intemperie,

el niño se construyó lo mejor que pudo una fragilísima cabaña junto a un pajar.

Un día llegó al pueblecito de Santa Inés el hijo predilecto de Amberes, el famoso pintor Carlos Van Dollen, que iba a organizar el concurso infantil de pintura.

Baas Cogez, luciendo sus mejores prendas de vestir y sus más brillantes joyas, fué a recibir a su pariente, y en las gradas de la iglesia lo presentó a los aldeanos.

—Amigos, éste es mi primo Van Dollen, el artista más grande de Europa, de quien ya les he hablado.

—...A mí me ayudaron cuando era niño, y yo deseo hacer lo mismo con un niño de esta población que quiera aprender a pintar.

Nello se contaba entre los oyentes... y su perro también. El niño escuchaba con ilusión al genial maestro, y éste, tal vez sugestionado por sus miradas y sus sonrisas, se fijó detenidamente en él.

—Fíjate, Baas—dijo a su primo—. Solamente un Rubens podría pintar un niño con una cara como esa...

El pariente del artista frunció el ceño al mirar al aludido, y le contestó al pintor:

—Es Nello... Un golfillo sin importancia ninguna.

Carlos Van Dollen prosiguió su plática con los pueblerinos:

—Ya lo saben ustedes... Cada niño puede

enviarme un trabajo al óleo, a la acuarela o al carbón. La Nochebuena examinaré todas las obras presentadas y daré el premio... Quinientos francos y una enseñanza completa de pintura a base de la escuela de Rubens.

Nello, al oír esto, se precipitó a los pies del maestro y le frotó las botas para que relu-



—¡Fuera de aquí, golfito!
—Déjale que conteste, primo...

eieran.

—¿Qué haces, muchacho?

—¡Fuera de aquí, golfito!

—Déjale que conteste, primo... Hazlo, niño.

—Es que necesito ganar para lápiz y papel, señor.

Van Dollen dió unas monedas a Nello, y éste se fué contento e ilusionado.

—Eres un gran artista, Carlos, y por lo tanto un gran loco... Ese muchacho sólo es digno de ser enviado al hospicio—añadió Baas Coge a su opinión anterior.

—Ten la bondad de guardar tus juicios para después del concurso... No sé por qué, tengo fe en ese muchacho.

Para su obra maestra, Nello eligió el único modelo que podía inspirarle: Eloísa, que se prestó muy ufana a "posar" para él durante unos días, en un fondo maravilloso de molinos de viento y risueñas casitas.

Y llegó al fin, con su cortejo de nieves y tempestades, la Nochebuena tan ansiosamente esperada por los pequeños pintores del pueblito de Santa Inés.

En su casa, en el momento de disponerse a partir para trasladarse al colegio del lugar, donde debía verificarse la ceremonia, Baas Coge dijo a su primo:

—Aquí está la cartera con los quinientos francos que me entregaste, Carlos. Si te parece, yo daré el premio.

—Como quieras. La entrega de la recompensa es cosa secundaria para mí.

El cuadro de Nicolasito no podía faltar... naturalmente que hecho por su mamá.

Al margen de los privilegiados de la suerte, de los que tenían padres y calor de hogar, Ne-

llo, luchando con el rigor del invierno grotescamente abrigado y cubiertos sus pies con un montón de trapos de lana, para pisar la fría nieve que tapizaba la tierra, llegó desde su cobijo hasta la escuela, entró en ella con suma precaución para no ser visto, y depositó su cuadro, sin firma, entre los demás.

Después de esta operación, Nello y su perro, esperaron impacientes el resultado del examen de Carlos Van Dollen, en el pórtico del colegio, pasmándose de frío.

—Estoy nerviosísimo, "Petraschel"... Escucha bien a ver si dicen mi nombre—decía Nello a su perro.

Baas Coge se mostraba particularmente conforme con el fallo dado por su primo.

—Me parece que has juzgado bien, Carlos... Voy a entregar el premio.

Se hizo el más religioso silencio.

Baas Coge, pedante y fatuo, hizo vibrar su voz autoritaria:

—¡Nicolás Holbert gana el premio!

El fallo produjo muchas decepciones y no pocos descontentos.

El premiado y su "mamá" no cabían de orgullo en la piel.

Hasta Nello llegó también, como un manotazo de la fatalidad, la noticia de su derrota por el mequetrefe de Nicolasito.

Quiso llorar... pero ¡para qué!...

—Vámonos, "Petraschel"... Nada nos queda que hacer aquí.

El perro participaba de la pena de su "amigo", y le siguió con las orejas gachas.

Mientras, Baas Cogez se disponía a entregar el premio a Nicolás.

—Y ahora, joven descendiente de nuestro gran pintor, voy a entregarle...

No prosiguió. Al echar mano al bolsillo donde acostumbraba guardar la cartera, encontró a faltar ésta.

Buscó en el bolsillo de enfrente, y tampoco estaba en él la cartera.

Por su parte, Van Dollen inspeccionaba de nuevo los cuadros expuestos, no convencido de que el de Nicolás mereciera la más mínima alabanza sincera con miras al porvenir.

—¡Rubens!... ¿En verdad es esto merecedor de que lo cobijes bajo tu nombre inmortal?—rumiaba.

De pronto, descubrió entre unas cajas viejas el cuadro de Nello—que una mano ruin hiciera desaparecer para evitarse la derrota—y apenas le vió lanzó un suspiro de satisfacción.

—¿Quién dibujó esto?—fué a preguntar bruscamente a Baas Cogez.

Este, ocupado en buscar su cartera, en cuya tarea tomaban parte los asistentes, no supo contestarle, pero Eloísa lo hizo con concentrada gran alegría.

—Lo dibujó Nello... el pobrecito Nello...

Baas Cogez miró con reproche a su hija por haber pronunciado el nombre de ese "golfillo", pero Van Dollen gritó muy alto, con amplio espíritu de justicia:

—¡Nello, a quien tú llamabas un golfillo sin importancia, gana el premio!

Ni que decir tiene que esta noticia produjo sensación, que Nicolás y su "mamá"—ésta mayormente, pues el cuadro expuesto a nombre de su hijo era suyo—se dieron por muy ofendidos y que se marcharon indignados.

Van Dollen repitió su inapelable sentencia, completamente convencido de que el trabajo de Nello superaba a todos los demás juntos.

Baas Cogez buscaba aún la cartera, como si en realidad se le hubiera extraviado en el colegio.

—¡No hablemos más del dinero! ¡Tenemos que encontrar a ese niño a toda costa!—le dijo Van Dollen.

—Déjale, hombre, déjale...

—He dicho que necesito ver a ese niño, y no comprendo tu poca voluntad en complacerme.

—Yo sé donde vive... Está cerca del camino de casa—dijo Eloísa.

—Vamos, pues, con tu hija, Baas.

Mientras tanto, caminando sin rumbo en la noche, llevando sobre sus débiles espaldas el fracaso de sus ilusiones, Nello encontró en la

nieve la cartera de Baas Cogeze con los quinientos francos del premio.

Podía habérsela guardado, pero su honradez le dictó que fuera a devolverla a la familia de su propietario, de cuya casa estaba muy cerca.

La esposa de Baas Cogeze fué quien le recibió.

—Encontré esta cartera en la nieve y vi que era de Baas Cogeze... Está llena de dinero...

—Gracias, Nello. No me extraña tu noble rasgo.

—Soy yo quien le da las gracias por su confianza en mí, señora. No todos son como usted... Adiós, señora...

—Quédate aquí, Nello. No puedes salir con esta noche.

—No. Prefiero andar sobre la nieve a quedarme en casa de Baas Cogeze. Lo que sí le agradeceré que guarde aquí a mi perro por esta noche. Está delicado y el frío podría sentarle mal.

—Pero tú, Nello, quédate, por Dios, aunque sea escondido, hijito...

—Yo no, señora... aunque me muera ahí fuera...

* * *

—¡Me han robado mi cartera!—gruñó Baas Cogeze al llegar a su casa con su primo y su hija, después de buscar inútilmente a Nello.

—Nadie te robó la cartera, Baas. La perdis-

te, y Nello, que la ha encontrado, acaba de salir de aquí—le objetó su mujer.

—¿Cómo? ¿Nello ha estado aquí?—preguntó el pintor. ¿Por qué se marchó ese niño?

—Ha preferido morir de frío a aceptar la hospitalidad de Baas Cogeze—contestó con reproche para el rudo esposo la madre de Eloísa.

Y lentamente fué abriéndose el pecho de Baas Cogeze al remordimiento y al deseo de reparar el mal causado.

Al afán de su primo el pintor de encontrar a Nello, Baas Cogeze unió su ansia de enmendar su torcido proceder.

Se dió la voz de alarma en la aldea, acudieron solícitos algunos vecinos en ayuda de Baas Cogeze, y recorrieron el lugar en busca del niño.

Vencido por el frío, Nello abandonó su cuerpo en la portada de la iglesia. La nieve caía sin cesar y sus copos formaron pronto una capa sobre el infeliz.

El buen "Petraschel" era de los que guardan fidelidad y cariño hasta la muerte, y por tal razón no se resignó a quedarse en casa de Baas Cogeze sin su amito, huyendo de ella a la primera ocasión que se le presentó.

Gracias a su buen olfato, el perro descubrió a Nello, y anhelante de reanimarle le enviaba su hálito y acercaba su cuerpo a la masa glacial escarbando cuanto podía.

En vista de sus inútiles esfuerzos para de-

volver a Nello a la vida, el perro, así que vió a los que buscaban a su amito, los avisó con sus ladridos.

Van Dollen tomó en sus brazos al infortunado y con Baas Cogez, emocionado, y en medio de la tempestad de nieve que extendía sobre todas las casas un blanco sudario, regresó al hogar confortable.

Después de horas de angustia, Nello abrió los ojos, ensanchándose el pecho de los tres hombres que estaban pendientes de sus menores gestos. Esos tres eran: el pintor Van Dollen, Baas Cogez y el casero Kronstadt, también apenado por su rudeza.

—Para reparar mi crueldad, juro que lo adoptaré y será en adelante mi hijo—dijo Baas Cogez al pintor.

—Tu arrepentimiento, querido primo, podía haber sido tardío... pero éste no será tu hijo, Baas, sino el mío... Yo estoy solo en el mundo y además seré su maestro.

—Pues bien: tendrá dos padres.

Aquí Nello despertó del todo, y viendo al pintor le preguntó:

—¿Usted es San Pedro, verdad?... ¿Dónde está mi abuelito?

Baas Cogez le tendió la mano expresando su deseo de reparación con la mirada. Nello aceptó la "reconciliación".

Pero su asombro fué mayor cuando vió a Kronstadt.

—¡Caramba! ¿Es que los caseros también tienen entrada en el Cielo?

El pintor se encargó de enterarle del "milagro".

—No estás en el Cielo, Nello... pero has ganado el premio y en adelante vivirás siempre a mi lado.



—¿Es que estoy soñando?... "Petraschel" dime si estoy soñando...

—¿Y podré llevarme a mi "Petraschel"?

—Sí...

—¿Y me dejará venir Baas Cogez a su casa para ver a Eloísa?

—Sí...

—¿Es que estoy soñando?... "Petraschel", dime si estoy soñando...

El perro meneaba la cola...

Ese signo era bastante elocuente para demostrar a Nello que había motivo de sonreír al mañana, pues no podía presentársele con mejores gracias: cariño, educación artística... y esperanzas en que Eloísa fuera siempre, siempre, la Musa de todas sus ilusiones...

FIN

Prohibida la reproducción

Sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

EXTRAORDINARIO

Sábado día 31 Enero 1925

La superproducción ALBATPOS

Sombras que pasan...

Genial interpretación de IVAN MOSJOUKINE

NATHALIE LISSENKO y HENRY KRAUSS

Monumental asunto — 64 páginas — 20 fotografías

Postal-fotografía-regalo: LÉON MATHOT

Precio: 50 céntimos

¡ADQUIERA ESTE INTERESANTE NÚMERO!

.....
 ¿Ha leído usted ya nuestros dos últimos éxitos?

DE MUJER A MUJER y LA INHUMANA

.....